

VIERNES SANTO

LA CRUZ, SILENCIO Y ESPERANZA

Hace unos días Jesús penetraba las murallas de la ciudad de Jerusalén a lomos de un animal de carga, entre bullicios de gentes felices y niños que proclaman la llegada del que viene en nombre del Señor. La ciudad se convierte en un ir y venir de gentes en plena fiesta pascual.

Días después, Jesús, sale en la noche a rezar. Había venido en su infancia y dar la lección de que su vida era dedicarse a las cosas de su Padre. La noche pasada, a la sombra del templo, en un huerto, donde se extrae el aceite de los olivos centenarios, signo de fortaleza, de la unción y santificación, en la soledad acoge la voluntad de que el amor debe llegar a plenitud. Que el amor se hace ofrenda dando la vida, y dándola voluntariamente.

Hoy recorreremos la crudeza de la cruz. Dentro de las murallas, en un escenario de violencias sostenidas que se exteriorizan contra el inocente, el reo es presentado. La violencia de las palabras, tropiezan con la verdad que se sostiene en el silencio. Jesús calla. Gritos y silencio. Golpes y violencia que cargan contra la carne del hombre que sostiene en su interior la llama encendida de que siempre queda el perdón.

He aquí al hombre. Sentencia de identidad. La persona humana a la que se quiere arrebatar su identidad más profunda. Y pasa a ser ahora animal de carga que lleva sobre sus hombros el yugo de los que cargan el peso de la injusticia.

En la hora de nona el día se vuelve noche, los gritos son ensordecidos por el grito de la tierra que en su temblor manifiesta que toda la creación es campo dispuesto a recibir la semilla de la esperanza. Sobre el Calvario van resonando los golpes sordos de los lamentos de las víctimas. Mientras el cielo es atravesado por la lanza de misiles y drones que hoy hieren de muerte a los que no tienen derecho a ser defendidos. Pero el carpintero de Nazaret duerme en el madero como signo de una humanidad mendiga de una nueva mañana. No es ausencia, es presencia. Cristo en la cruz revela el grito del que muere en el abandono. Es el grito silencioso, la sed amarga, el cuerpo esclavizado de los que sienten el frío de un futuro truncado, de una cama de hospital solitaria, de casa ausente, de un trabajo precario, de una vida sometida.

Al mirarlo a Él, que fue crucificado por nosotros, vemos a los crucificados de la humanidad. En sus llagas vemos las heridas de tantos hombres y mujeres de hoy. En su último grito dirigido al Padre escuchamos el llanto de quienes están abatidos, de quienes carecen de esperanza, de quienes están enfermos, de quienes están solos. Y, sobre todo, escuchamos el gemido de dolor de cada uno de los que están oprimidos por la violencia y de cada víctima de la guerra. (Papa León XIV, Homilía del Domingo de Ramos, 29 de marzo de 2026)

La cruz de Caritas está formada por corazones que saben de silencios y de Calvarios, de vidas golpeadas. Es una cruz abierta que se prolonga en los brazos que se extienden a cada hermano y hermana en mirada de esperanza. La cruz tiene en el horizonte la vida, pues el amor no muere, es más fuerte que la muerte.